

TANTAS MOLESTIAS

VIVIANA DÁVILA



Viviana Dávila

TANTAS MOLESTIAS



Cosmogonía

En el principio era la nada.

Luego alguien golpeó:

Lanzó un puntapié,

un puño,

una bofetada.

No se sabe quién fue,

ni qué hizo,

ni por qué

(no hubo testigos).

Y la blanda carne de la nada

sangró bajo la piel:

Se puso primero rosa,

luego, roja oscura (casi negra),

después, azul,

violeta,

verde y

amarilla,

estuvo inflamada por un tiempo, todavía.

La blanda carne de la nada

aún dolía un poco

y después, ya no dolió
pero ya no era nada:
Era el recuerdo del ruido,
del golpe,
del dolor, del desconcierto;
era pregunta
y color
y belleza,
era cambio,
era memoria,
era esperanza.
Y la blanda carne de la nada
ya no sangraba bajo la piel,
pero ya no era nada:
ahora era el universo:
Todo el universo.

Lo que viene

En este baldío anegado de lágrimas
Forjado por la rabia, por la justa rabia
Herido por la bala fácil
Por el dicho ruin
Por la emboscada
En este baldío, digo,
He nacido
He luchado
Por arrancarle un pan a la hojarasca
Por hacerle un lugar a lo que viene
Por escribir un verso
Un verso que anuncie
Que vendrán días mejores
Noches de brisa
Y tardes rojas,
pero ya no de sangre
tardes rojas de arreboles
de risas con amigos
de amantes que se escapan
de criaturas que juegan

Y he creído
Que mi montaña vale todo el horror
Que he vivido
Y que si tuviera que volver a sufrir
Por sentarme, siquiera un momento
A contemplar el alba desde aquella playa
A oír el canto de los pájaros
A recitar los nombres de las flores
Si tuviera que volver a sufrir el destierro
Y la muerte, y la amargura
Los sufriría otra vez, quizá mil veces
Si fuese preciso
Porque este baldío
Que es mi tierra
Anuncia un mañana de justicia
En el que bailaremos en la calle
Todos juntos
Y nos embriagaremos
De luz y de poesía
Porque no hay canalla
Que sea capaz de arrebatarlos
Lo que es nuestro

La alegría, la canción, la voluntad, la rebeldía
Porque la historia ha sido cruenta
Ha sido heroica
Y ha sido nuestra
Venceremos a la muerte,
Venceremos a la noche,
A punta de tímidas estrellas
Solitarias
En este baldío anegado de lágrimas
En este baldío, que es mi tierra.

Celeste

Qué leías, muchacha, cuando llegó Gabriel a interrumpirte

y tú lo viste, porque eras de corazón limpio.

Qué te dijo él que el libro no te hubiera dicho ya,
qué te contó, muchacha.

Te habló del futuro sin decir mucho:

Dijo que el sol vendría,

que todo estaría bien.

Anunció que el sol fundiría el hielo.

Pero no quiso advertirte que habría hielo,

que habría muerte, que habría tanta muerte,

que contarías por miles los cadáveres, por miles de millones,

(ni que entre los cadáveres estaría también el de tu hijo).

Y no te contó de los hornos, ni de la guerra

No te habló de Berlín,

Ni de la soledad, ni del sinsentido.

Solo te dijo que el sol vendría y se marchó (y tú aceptaste).

Pero Gabriel no fue el único:

Fueron muchos los que, como él,
interrumpieron, dijeron poco,
no hicieron nada, a nadie salvaron.

Ellos solo quisieron saber cómo se sentía,
por ejemplo, tener pies,
para luego averiguar
cuánto alivio da quitarse los zapatos.

Qué leías muchacha,
Qué leías.

Ha pasado (A Gregorio Samsa)

Ha pasado que despierto y no puedo salir de la cama.
Me esfuerzo,
trato,
y lo logro (a duras penas).

Ha pasado que he sido incapaz de reconocermé,
de hacer cuanto hacía,
de cumplir con mis obligaciones.

Y he sentido vergüenza
de mi limitación para moverme,
Para respirar,
Para solucionar.

Porque me necesitan,
soy “el alma de la casa”,
Si no soy yo, ¿quién?
¿Quién conseguirá,
quién hará,
quién compondrá?

Si no soy yo, ¿quién?

Ellos no pueden

No saben

Es difícil

Están cansados

Tienen cosas importantes que hacer.

Pero yo no puedo,

Aunque quisiera, no puedo.

Al principio se conducen,

me echan de menos,

Ruegan para que mejore,

Para que revierta.

Después reniegan:

Por qué nosotros

Ella debería

era su obligación...

Luego descubren que no hago falta

Y entonces, estorbo.

Y ha pasado que me hacen a un lado,

que preguntan por qué no me he ido.

Ha pasado, también, que sienten alivio cuando, al fin,
me marchó.

Y te lo cuento, Gregorio, para que lo sepas:

Yo hubiera querido saberlo.

Hubiera querido.

II

Silencio

¡Cuánto ruido, por Dios! ¡Cuánto ruido!

Quiero el silencio que se llena de pájaros
el silencio quebrado por las hojas que caen,
roto por la canción, por la cuerda,
por el viento...

El silencio en el que flotan ideas y recuerdos,
el silencio fecundo, el que deja ver mundos
que aún no aparecen...

Ese silencio:
el luminoso, el total,
el que anuncia el porvenir.

El silencio del tiempo, el silencio del que calla,
del que no responde, del que ha muerto.

Quiero el silencio para la penumbra y para el brillo,
para el ladrido,
para la respiración de mi amado en la madrugada.

Quiero el silencio que alberga una voz y una risa,
solo una voz y una risa...

Quiero el silencio y quiero el cielo.

Quiero la belleza. Quiero el tiempo.

No es tanto.

Deauville

Pudimos quedarnos en Deauville,
andar un rato más por la playa
y seguir buscando piedras como corazones.
Pudimos recorrer de nuevo el campo de trigo
reposar recostados en un fardo,
abrir otra botella,
fumar otro cigarro.

Vi cómo el sol de la tarde extendía el amarillo del campo
sobre el agua
y vi cómo el agua te llenaba los ojos
de los recuerdos de tu mar.
Pudimos quedarnos en Deauville
para esperar juntos la mañana
pero hacía frío,
ya venían la noche y el otoño.

Subimos al auto,
sonaba Queen a todo volumen.
Dejamos atrás el futuro

y luego me marché.

Te dejé mi amuleto para que me mostrara
cómo volver a tu lado.

Debiste perderlo,
ya no pude encontrarte.

Miope

Hombres sin nariz y coches sin dirección pueblan mi
calle

las letras y los números, solo manchas.

Lo que a lo lejos aguarda es un perro o un zapato

Si me acerco, si parpadeo, podría averiguarlo.

Quizás unos lentes limpios despejarían mis dudas,

O harían, quién sabe, más espeluznante la confusión,

Más temible, más existencial, más catastrófica

Porque siempre pasa que no logro saber

qué es lo que aparece frente a mis narices

o si en verdad veo lo que veo.

Y por eso no me arriesgo a decir en voz alta

“en esto creo” o “esto es así”, porque lo ignoro

Porque un truhan es héroe

Y en el siguiente minuto,

Es un truhan de nuevo

y me convengo de una cosa, luego de la otra

y siento envidia de aquellos

que jamás cambiaron de opinión

que tuvieron certezas íntimas, claridades meridianas,

porque yo, lo lamento, yo soy miope
todo el tiempo y para todos los efectos.

Tantas molestias

Si yo pudiera, acaso, encontrar un lugar
Para recogerme en silencio
Para ponerme a salvo, con gente buena,
Si tuviera, quizás, un rincón
Para descansar, para poner mis cosas
No tendría que tomarme tantas molestias.

En este destierro, perdida,
Sitiada por el odio,
Huyo de los golpes,
De los gritos,
De las garras, de las fauces
Del desprecio.

Cubro con mi cuerpo a mi amado,
Para protegerle de las esquilas
Resisto el dolor en la carne,
Aprieto los dientes
Ruego y no se detienen.

Llevo a cuestas mis cosas, ya dije,

No sea que se me pierdan:

Alguna alegría

Hilachas de pasado

La rabia, la ira

La dignidad

La esperanza

Nada más conservo,

Y no hay en dónde guardarlo todo

Pesa, podría perderse.

Busco, quiero saber con qué cuento

(He perdido todo en el derrumbe).

Solo encuentro palabras

Y es posible hacer cosas con palabras:

Quizá no un mundo

Quizá no una casa

De pronto un refugio

Para limpiar las heridas,

Para cerrar los ojos,

Para hospedar a algún fugitivo:

Un precario aposento
hecho de palabras.

Pero, si yo tuviera una casa,
Si yo tuviera un mundo,
No tendría objeto
Tomarme tantas molestias:
Escribir no sería urgente,
No tendría que resignarme a vivir
En unos cuantos versos.

III

Helada

Después del día de sol y de la noche limpia,
viene el hielo, viene la escarcha del alba
que hace brillar la mañana,
quema los pastos,
acaba con todo.

Su daño no puede remediarse:
no sirve hacer invernaderos,
encender hogueras
ni regar el campo con agua limpia
para salvar la cosecha.

Solo la lluvia, que todo lo arregla
solo las nubes
que guardan el calor cuando cae la noche
Pueden detener todo el mal
que nos deja la alegría.

Granizo

El cielo cae a pedradas
contra el cristal
un ventarrón dibuja figuras de agua
en el espacio que existe entre mis ojos
y la casa del vecino.
Ahora que no hay gente en la calle,
que el mundo es gris y peligroso
ahora que el agua sucia brota
por las alcantarillas
y mi barrio es un espejo turbio
un mar de mierda
solo una extraña clase de fe
me deja pensar que
ojalá pronto, el silencio regresará,
elocuente,
y la calle se secará
y volverán los niños y los perros
cuando escampe,
cuando se detenga el granizo.

Domínguez

Domínguez, el de la mirada azul,
el maestro de voz pausada
que recorría la ciudad con su paraguas
y lo dejaba olvidado, cada tanto, en cualquier taxi.
Él, que encontraba primicias en libros viejos
y se ocultaba en la biblioteca
con los incunables,
andaba un par de kilómetros
después del almuerzo
porque el cardiólogo le había advertido
que tenía el corazón demasiado grande
(y lo tenía).
Domínguez, el súbdito del Rey,
el soñador,
tan irritante, tan entrañable
con sus ideas imposibles,
se fue hace años y yo, de vez en cuando,
todavía lo echo de menos.

Humo

Dejé tu casa en la mañana, por fin,
vestida de virgen, florecida
el rostro cubierto, las manos limpias.

Canté un sí rotundo, colorido
y ya no tendrás que esperar mi llegada
ni desayunarás conmigo el domingo
ni te avergonzaré.

Mi dicha ya no será tu asunto.
Es un buen hombre, me cuidará,
tú ya has cumplido.

Ha pasado una vida, la gente baila y bebe,
es ahora cuando nos despedimos.
No habrá lágrimas, sólo humo.

IV

Golpes en la puerta

La música no oculta el ruido
ni la tregua permite olvidar
la batalla que viene.

Oigo el golpeteo:

Hay un ritmo, una cadencia
en esas palabras que nada dicen,
en esos pasos sin dirección,
en la risa frenética
que anticipa el colapso.

Afuera alguien maldice
y yo solo añoro
un poco de silencio
y un poco de ausencia.

Hay golpes en la puerta, otra vez
ya no conservo ningún recuerdo
de aquel tiempo mudo,
de aquel tiempo feliz,
cuando nadie llamaba.

Sol mayor

Sol mayor, tarde de diciembre,
íbamos por la calle, de la mano.
La luz te hacía de bronce y yo quería
que todos nos miraran,
que no viniera la noche
que no llegara enero.
Yo quería cantarte,
decirte un poema,
yo quería seguir andando
para siempre,
que nunca llegáramos
a la puerta de mi casa,
que no saliera la luna,
que no llegara la muerte,
que no llegara el olvido.
Sol mayor, tarde de diciembre,
Íbamos por la calle,
te soltaste de mi mano
y nos perdimos.

A la estatua de Américo Vespucio

La estatua aun sostiene
la botella vacía que dejamos como ofrenda.
Ya habíamos bebido todo el ron.
Cruzamos la avenida
Sin mirar a cada lado
rodeamos el parque,
cantamos frente a la embajada.
Américo ya había dibujado
el contorno de esta tierra,
y tú dibujaste mi rostro con tus manos.
Supongo que querías
que me llamaran por tu nombre.

Bogotá

Vendrás a Bogotá y, cuando te hable de nuevo,

Ya sabrás a qué me refiero, y por qué soy como soy y por qué desconfío.

Y es posible que llueva, que el taxista te estafe, que haya protestas.

Puede pasar que alguien decida recordar, justo hoy,

que la Conquista ha sido imperdonable,

y que una multitud arremeta, con cinco siglos de retraso,

contra la estatua de Isabel la Católica que instalaron en el 92

en la vía que sale del aeropuerto.

Verás que los edificios son rojos, que las calles están deshechas,

y no sabrás si la ciudad está siendo construida o demolida

—nadie lo sabe, que no te engañen—

habrá delincuentes en las esquinas y limosneros,

gente atormentada, enamorados, bicicletas, vendedores ambulantes.

Bogotá no es bella como París o como Madrid,
pero tiene el cielo más bello de la tierra: un cielo claro,
siempre claro,
un cielo con extrañas nubes y una luz distinta.
Las estrellas están cerca, el arcoíris, a veces, rodea la
luna,
y los colores son más brillantes que en cualquier parte.

Para no perderte debes saber que aquí el oriente es más
alto
y es verde y está lleno de pájaros,
no necesitarás brújula para ubicarte:
Busca el cerro y sigue el canto
Eso será suficiente.

Viviana Dávila



Bogotá (1975). Filósofa, Magistra en Estudios Latinoamericanos y Máster en Escritura Creativa. Egresada del Taller de Escritores de la Universidad Central. Ganadora del Primer premio de novela corta Rafael Chaparro Madieto con *Hilar tu sombra* (2025). Algunos de sus cuentos han sido publicados en revistas y antologías. Ha sido profesora, editora, y animadora de lectura. Escribe poesía.

Índice

I	2
Cosmogonía	3
Lo que viene	5
Celeste	8
Ha pasado (A Gregorio Samsa)	10
II.....	13
Silencio.....	14
Deauville	16
Miope.....	18
Tantas molestias	20
III	23
Helada	24
Granizo.....	25
Domínguez	26
Humo	27
IV	28
Golpes en la puerta	29

Sol mayor	30
A la estatua de Américo Vespucio.....	31
Bogotá	32
Viviana Dávila	34



Título: Tantas Molestias.

Autor: Viviana Dávila.

Edición digital Hoja en blanco. Agosto, 2026.

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita a Hoja en Blanco con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre su trabajo. Esta edición está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*:



Se permite copiar, descargar y compartir esta edición siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

Descarga gratis esta y otras obras en

www.hojaenblancoeditorial.com

